

Aquí también conocemos la prisa, el desasosiego, el automóvil, la contaminación, los ordenadores, el Internet y el tele-trabajo. La literatura arqueológica sería aquella que contempla con una mirada inmóvil, tal vez aturdida y añorante, lo que fue, y niega el presente y el progreso del hombre y del arte. El presente es atractivo, prometedor en ocasiones; se habrán dado cuenta de que aquí falta la gran novela de la minería, un *Qué verde era mi valle*, lo cual es lástima porque la mina es otro torbellino de esfuerzos, de epopeyas pretéritas y diarias, y de tragedia, a la vez que pulmón de oxígeno y vivero sombrío de riqueza. Aunque no podemos olvidar que —en los pueblos más pequeños, en casi todos aquellos que no son Alcañiz, Alcorisa, Calanda, Andorra, quizá este mismo de Mas de las Matas— la población disminuye y envejece. Pero el presente también se conquista. Y se conquista preservando la memoria, la riqueza del pretérito, mimando el patrimonio, haciendo más acogedores estos lugares volcados al turismo, enfrentados por igual a la ruda vida diaria que a su imagen pintoresca. Se conquista mediante la dignidad cotidiana, que es la mejor antesala del porvenir.

Cabría preguntarse por qué no existen museos: un museo de Cabrera, o de todas aquellas escenas con sus contradicciones, el museo de la masía, de los telares. Estamos en un pueblo donde han sabido recuperar con primor el pasado. Mas de las Matas, como Calaceite o Molinos, son espejos en los que debe mirarse el Bajo Aragón / Maestrazgo, la demostración de que tan importantes como los medios son las ilusiones, el entusiasmo, la afirmación en las raíces, el reconocimiento en la tierra, el homenaje a los antepasados. Quien respeta a sus ancestros se respeta a sí mismo y a sus contemporáneos. Se sabe en la tierra con otros. A nada de esto debiera ser ajeno el escritor. Él es uno más entre muchos con la virtud de fundar un nuevo reino y una nueva realidad mediante la palabra. Nada más ni nada menos que lo que ya han hecho algunos, espléndidamente al escribir y soñar el Bajo Aragón: José Giménez Corbatón en *El fragor del agua*, Ramón Mur en *Sadurija*, Pío Baroja en *La venta de Mirambel*, entre ellos y acaso mejor que nadie porque han tenido en cuenta que querían hacer literatura. Literatura con mayúscula, no costumbrismo o estampas locales o inventarios de dialectología.

## LA HISTORIA LOCAL ARAGONESA

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE

Repasar, en una rápida ojeada (no otra cosa puedo ni me propongo hacer) la serie de estudios de historia local aragonesa de que dispongo información, lleva, de modo inequívoco, a la consciencia de la poderosa corriente de estudio y edición de ese tipo de trabajos, especialmente en los últimos lustros. Ello no ha surgido espontáneamente, ni al margen de nuestro entorno. En efecto, respecto a esto último, bastaría seguir los «Plecs» de la excelente revista catalana *L'Avenç* para comprobar el extraordinario desarrollo de la historia local y comarcal entre nuestros alertados vecinos. O ver qué opinan al respecto los colegas ingleses o franceses. Algo tiene el agua cuando la bendicen. O ¿es que, entre nosotros, se precisa explicar todavía por qué es tan importante llevar a cabo historias locales, que permitirán un día re-construir la gran historia total de Aragón, además de brindar razones de orgullo propio (y comprensión) a los nacidos o avecindados en cada rincón de nuestra piel de cabra?

### LA HISTORIOGRAFÍA LOCAL ARAGONESA

Sin remontarnos a alguno de los libros pioneros (la historia de Alcañiz del Padre Nicolás Sancho, 1860; la de Tarazona de Saturnino López Novoa, 1861; la de Calatayud de Vicente de La Fuente, 1880; la de Calaceite de Santiago Vidiella, 1896), parece evidente que la historia local adquiere un importante protagonismo entre nosotros en los años de finales del XIX y comienzos del XX. Y ello, destaquémoslo, gracias a las maravillosas gentes que publicaron la *Miscelánea turolense* (1891-1901), la *Revista de Huesca* (1903-1904) y, sobre todo, el *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón* (1907-1909) todas ellas reeditadas felizmente. En sus páginas, abundan informaciones sobre la arqueología (tan de moda en esos años iniciáticos) y fuentes documentales locales. Hay algo de fundación, de abrir caminos, de señalar pistas.

Fue, sin duda, la guía de todos los futuros estudios mosén Vicente Bardaviu con su importante historia de Albalate del Arzobispo (1914), a la que siguen, con acaso menor ambición, ya en la década de los veinte las de Jaca (Del Arco, 1921), Andorra (Vázquez, 1926), Ayerbe (García Ciprés, 1928), Tarazona (Sanz Artibucilla, 1929-1930), Binaced (Español, 1930), Oliete (F. Falcón, 1930), Fraga (Salarrullana, 1931), etc. Luego, vendrá el silencio de la guerra.

Sólo en los años cincuenta y sesenta se reanuda ese interés, con trabajos fundamentalmente a cargo de eruditos locales en su mayor parte eclesiásticos o geógrafos. Ese impulso se ha reanudado especialmente en estos otros años finiseculares: han publicado sus historias docenas de ciudades y pueblos de todo Aragón y están en ello de uno u otro modo muchísimas localidades. Es un fenómeno que tiene que ver, aunque no sólo, con la recuperación de la democracia y las libertades, la busca de la identidad, la consciencia de que sólo se puede amar y defender lo que bien se conoce.

El origen de muchas de esas historias locales que vamos, en cierto modo, a censar, es, con frecuencia, en primer lugar el deseo del autor de cantar las alabanzas de su pueblo natal, de encomiar sus hechos históricos, más o menos vinculados a los de la gran historia, común al resto de los aragoneses, súbditos de la Corona y aun españoles en general. De ahí que no sea raro encontrar lugares comunes (desde las enterredoras alusiones a Túbal y aun el Paraíso Terrenal, en los casos más lejanos y terne, hasta una mitología ausente de toda crítica documental, copiándose unos a otros, los locales a los regnícolas, sean mucho, poco o nada serios). Y no digamos del escaso nivel histórico en tantos libros y folletos que, a lo sumo, pretenden ofrecer vetustas devociones, románticas descripciones del paisaje, iglesias, ermitas y palacios, o alabanzas de aldea como la de un bendito maestro rural que exaltaba de su pueblo el agua, el jamón y las chicas de servicio.

Hoy, sin embargo, no es ese el caso en la mayoría de los libros que inventariamos. Al contrario. En muchas ocasiones, se trata de encargos rigurosos por ayuntamientos, centros de estudios, revistas, etc. Y los autores, muchos de ellos licenciados o doctores en Historia, profesores de enseñanza media o universitaria, disponen no sólo de las fuentes básicas hoy de injustificada ausencia (desde el P. Faci, los PP. Huesca y Zaragoza, Asso y Madoz a otros muchos repertorios) sino también, sobre todo, de un método, una teoría de la historia profundamente renovados. Lo frecuente empieza a ser que una historia local tenga el fuste, tono y hondura de las mejores historias de más amplio espacio demográfico y geográfico como sujeto. Que no es óbice el espacio reducido para hacer —o intentarlo, al menos— la mejor historia.

### LA ABUNDANTE Y DIFÍCIL HISTORIA DE LAS CAPITALES DE PROVINCIA

Advertiré, de entrada, de que, por desbordar mi propósito, no me voy a adentrar en el complejo mundo de las historias de las capitales de provincia. Quizá un día haya que dedicar un tiempo a revisar qué pasa con nuestras ciudades principales que, hasta el actual momento, en el caso de la capital aragonesa (cuyo municipio está editando una bien planificada historia total, en trece tomos), o una reciente obra colectiva sobre Huesca, han escaseado en buenos estudios históricos.

En concreto, Zaragoza dispone, además de los dos tomos colectivos de hace un cuarto de siglo sobre las épocas antigua, medieval y moderna, desde la infinidad de páginas de R. Del Arco, Cosme Blasco, A. Canellas, A. Beltrán, etc. a los curiosos repertorios elaborados por J. Blasco Ijazo, V. Azagra, Ruiz Martín y otros; han ido surgiendo

muchas monografías sobre los barrios urbanos como la de M.P. Borobio sobre las Delicias, 1980 o la de J.L. Rubio sobre La Química, 1979; se dispone, entre muchas, de una excelente guía coordinada por G. Fatás, 1983, 2ª ed. o el estudio sobre el primer tercio del s.XX de F. Clemente y Forcadell, 1992). Pero no olvidemos que, por exceso, en la práctica totalidad de historias de Aragón, Zaragoza aparece recurrentemente, por lo que historiarla, salvo en el actual enfoque esencialmente municipal, urbano, resulta una cierta redundancia.

A su escala, ocurre algo parecido con Huesca (desde la guía de Del Arco, 1942 a la historia urbana de J. Callizo, 1988, o la cultural de M.J. Calvo, 1990 y, sobre todo, la ya citada estupenda historia colectiva coordinada por Carlos Laliena, 1990, o los repertorios fotográficos de Compairé, 1990, y los estudios sobre una determinada época, como la República, por J.M. Azpiroz, 1993). Mucho peor es la situación de Teruel (que, aparte bastantes monografías, apenas dispone de una síntesis de historia medieval, por D. Buesa o las perspectivas urbanas del s. XX, a cargo de García Márquez, 1983 y más recientemente de Gómez Cordobés).

Tampoco incluyo los libros de curiosidades asistemáticos, ni los que analizan las calles de una localidad o los hijos ilustres, los cantos a la propia localidad, sus romerías y dances, etc. Ni trabajos menores (no por eso, a veces, de menor calidad) publicados en prensa, revistas, programas de fiestas, etc. Ni incluyo, aunque vale la pena citar algunos de los pocos casos existentes, las memorias personales que pertenecen, por razones obvias, a la historia local. Recientemente se han editado interesantísimos libros de carácter autobiográfico, tales como los auspiciados por el Centro de Estudios del Bajo Aragón (Galo Leoz, Bautista Tena, Miguel Blanc) o el Ayuntamiento de Alcorisa (memorias de Francisco Alloza). Dignísimos ejemplos de algo que querríamos mucho más frecuente.

Permítaseme, sin embargo, una excepción: mencionar, como ejemplo de monografías locales las documentadísimas, utilísimas, guías de arquitectura de las tres capitales, de José Laborda Yneva, hace poco editadas por la CAI. Son una muestra de lo bien que se están haciendo las cosas desde la Historia del Arte, que ofrece muchos casos de guías o estudios muy útiles para la historia local. A modo de ejemplo entre docenas, querría mencionar dos estudios de rara perfección: el de Ana Isabel Lapeña sobre el monasterio de San Juan de la Peña (no hay nada parecido sobre Asán, San Victorián, Siresa, o los cistercienses de Veruela, Piedra y Rueda, por ejemplo), y el estudio de Philippe Moreau sobre la iglesia de Ansó, un gran modelo «francés» de bien hacer documental y reflexivo.

### LA GRAN LABOR DE LOS CENTROS DE ESTUDIOS COMARCALES

Antes de entrar a citar en detalle (catálogo muy incompleto, sin duda, pero suficiente como síntoma y primeros pasos a completar y mantener en vivo) quiero aclarar que, en muchos casos, los activos centros de estudios comarcales o locales han supuesto, desde su fundación a partir de hace un par de décadas en su mayoría, un

punto de apoyo fundamental para este tipo de historias. Recordemos los más activos y sus publicaciones periódicas (amén de muchos libros y otro tipo de ediciones): en el entorno del Instituto de Estudios Altoaragoneses, la intensa actividad de Amigos de Serrablo con su veterana revista; el Centro de Estudios de Historia de Monzón (su boletín, *CEHIMO*, es un excelente aval, en el que han aparecido varias monografías históricas); el del Somontano, en Barbastro; el del Sobrarbe, en Boltaña, con su joven revista; las desiguales actividades realizadas en Jaca y su *Jacetania*. El legionario Instituto de Estudios Sijenenses, en torno al recuerdo de Servet, etc. En la provincia de Zaragoza, en torno a la activísima Institución Fernando el Católico, se sitúan el Centro de Estudios Bilbilitanos, el de los Turiasonenses (con la excelente *Turiaso*), el de los Borjanos (con su rico *Boletín*) el de los Darocenses, el de los Caspolinos (con su gran actividad editora, además del propio Boletín), el de las Cinco Villas (con la magnífica *Suessetania*). Además de sus publicaciones, ejemplares, el Instituto de Estudios Turolenses apoya las del Centro de Estudios del Bajo Aragón (cuyo denso Boletín tiene réplica en la publicación *Al-Qanmis*); el increíble Grupo de Estudios Masinos que ha cobijado este encuentro y edita un anuario, *Mas de las Matas*, ya adulto; el Centro de Estudios del Jiloca (con su emblemática *Xiloca*). Y seguro que me dejo focos, publicaciones, grupos de entusiastas (con frecuencia, personas que han emigrado a Zaragoza, Madrid, Barcelona, Valencia, y retornan en fines de semana o vacaciones a impulsar esos centros en sus pequeños pueblos). Mucho hay hecho en todos estos lugares, por esos puñados de generosas e ilusionadas gentes. Mucho queda por hacer, por impulsar en tantos sitios donde aún no ha prendido la llama.

### UNA NÓMINA INCOMPLETA, PERO SINTOMÁTICA

Y, hechas estas breves y no muy precisas advertencias, ofreceré un panorama que, para mayor facilidad en la consulta, agrupo por grandes áreas geográfico-históricas. Comenzando por el Pirineo, espacio sobre el que hay mil publicaciones, la mayoría de tipo turístico, montañero, etc. Los primeros libros con intención de hacer la historia social, cultural, son quizá los de A. Ballarín Cornel sobre Benasque (1968, asunto retomado por V. Juste, 1991); Fuencalderas (José Arbués, 1980); Jaca (D. Buesa, 1982, que supera la de 1921, de Del Arco; trabajos dispersos de Juan Lacasa, M.L. Baylo, J.R. Marcuello, etc.); Sabiñánigo (Óscar Latas, 1996); Escartín (J.M. Satué, 1997)... No quiero dejar de hacer una llamada de atención sobre la docena de estudios antropológicos, sociales, sobre mil temas pirenaicos, de Severino Pallaruelo.

No menos rica es la información procedente del Somontano y Bajo Cinca: un estudio pionero, el de Binaced (I. Español, 1954); Naval (P. Cajal, 1969); la ya citada actividad de los centros de estudios, del Somontano, CEHIMO, del Bajo Cinca en Fraga. De Barbastro no hay una historia sistemática, que mejore y actualice la clásica, pionera, de S. López Nova (1861), reeditada en 1981; pero sí dos buenos estudios monográficos: el de M. Pilar Lascorz sobre el s.XIX (1987) y el estudio antropológico de Gaspar Mairal (1995). Sobre Monzón hay varios tipos de estudios: los clásicos de M.T. Oliveros (1974)

y F. Castellón (1989) y los recuerdos novelados de R. Raluy (1982); se ha estudiado Tamarite (J. Carpi, 1976), y Zaidín (C. Sero, 1964) y de Fraga escribió Salarrullana (1931, reeditado su primer tomo en 1989); mientras, por su parte, F. Castellón publicó un estudio divulgativo en 1975, y otro, ese mismo año sobre Ballobar.

En cambio es muy poco lo que conozco sobre localidades de las Tierras Bajas de Huesca y Monegros: apenas el citado sobre Ayerbe (García Ciprés, 1928); o los de Pinsoro (G. Guarc, 1987); Gurrea de Gállego (A.L. Calvo y E. Navarro, 1988) y Almudévar (J.L. Aliod, 1990).

Lo mismo ocurre con las Cinco Villas: Gallur (G. Larroy, 1962); Tiermas (Contín, 1967); Ejea (la edición de la historia, manuscrita, que dejara R. Del Arco, en 1972; la curiosa Historia oral de Octavio Sierra, y la de los pastores, de A. Beltrán, 1989); Uncastillo (F. Moreno, 1977); y con la zona de Tarazona, Borja y el Moncayo: la capital comarcal cuenta apenas con una de las más antiguas historias locales, la célebre de Sanz Artibucilla (1929-1930), hace poco reeditada, o con la breve síntesis de M. Gargallo, 1979; Vera de Moncayo (E. García Manrique, 1958); Mallén (G. Carranza, 1988); Novillas (Olga Pérez, 1997). Los centros de estudios son, paradójicamente, bastante activos y, como en otros casos, de la colección de sus revistas saldrían estupendas monografías históricas agregadas. Una perla: la excelente historia de Borja (P. Rújula y H. Lafoz, 1995), quizá la mejor de su género realizada hasta hoy.

Muy pocas noticias sobre el Área de Zaragoza: La Muela (C. Gimeno, 1958); Cadrete (S. Gil Pilarces, 1970); Peñaflo (G. Tirado, s.a., c. 1986) y muy recientes sobre el Bajo Jalón: Urrea de Jalón (J.A. Lasarte, 1981); Bárboleas (1989) y Épila (1992 y 1997) los tres estudios de Pedro J. López Correas. Muy esperanzador es el trabajo del grupo de La Almunia, recientemente formado, con su revista *Replaceta*.

A pesar de su veteranía, no ha publicado mucho sobre Calatayud el Centro de Estudios Bilbilitanos; quizá por la preexistencia de tres interesantes trabajos luego reeditados: la *Historia de Calatayud* de V. La Fuente (1880) reeditada por dos veces por la C.A.I., la que escribiera para escolares J.M. López Landa (1979) y el libro sobre Alhama de Aragón (A. Guajardo, 1925), facsimilado en 1995. Una estupenda historia especial, la de la educación en Calatayud en 1900-1936, de J.A. Urzay. Los trabajos sobre arte, impulsados y realizados en gran parte por Agustín Sanmiguel, son de obligada lectura.

Cuenta Daroca con una interesante historia desde la Geografía, la de Encinacorba (Ferrer Regales, 1954); y tres historias muy diferentes sobre la ciudad: tras la sencilla obra del P. Beltrán, 1954, la clásica historia de la ciudad y comarca, de Rafael Esteban (1959) y la más moderna, breve y reciente de J.L. Corral (1983); otras localidades con historia son Longares (la época medieval, por A. Canellas, 1983) y Used (J. Fuertes Marcuello, 1991).

Sobre Caspe abundan monografías publicadas por el Centro de Estudios Caspolinos (estudios de los M. Caballú, A. Serrano, etc.); Nonaspe (G. Albiac, 1991), Caspe gráfico (A. Gonzalvo, coord., 1992). Muy poco sabemos de las tierras de Belchite y Sur de

Zaragoza: Cariñena (E. Moliner, 1980); la enorme historia de Letux (Miguel Plou, 1989); y la de Codo (J. Romeo, 1992).

En cambio es asombroso lo mucho publicado en el Bajo Aragón turolense (y lo que está por venir, en Alcorisa, Alloza, Andorra, etc.): recordemos las veteranas historias de Alcañiz (Nicolás Sancho, 1860) y de Calaceite (S. Vidiella, 1896, reeditada un siglo justo después); la meritísima de Albalate del Arzobispo (Bardaviú Ponz, 1914); las de Andorra (G. Vázquez, 1926, reeditada en 1982); Beceite (P. Tejedor, c. 1933); Alcorisa (Gil Atrio, 1954); Híjar (la monumental historia de M. Laborda, 1980, seguida de un lamentable y polémico segundo tomo, años después); las de La Fresneda (E. Julve y O. Cuella, 1986) y La Portellada (J.M. Palenques, 1989); Castellote (P. Martínez Calvo, 1992); La Codoñera (Sanz Parera y Molins, 1995); Samper de Calanda (los dos tomos, ss. XIX y XX, de A. Abadía, 1985 y 1996 y el estudio sociocultural de A. Sabio, 1997). Un caso interesante es la edición, al fin, de la manuscrita historia de Calanda de mosén Vicente Allanegui (1997, cuidada por I. Peiró), que hace envejecer la publicación por fray M. García Miralles en 1969.

Aunque alguna de las localidades mencionadas se incluye en el Maestrazgo, me apena decir que no se dedica la meritoria sociedad que promueve trabajo y riqueza en esta bella comarca, a estudiar su historia (por ahora), si bien podría perfectamente calificarse de su mejor historia comarcal la reciente tesis de P. Rújula sobre «Carlismo y contrarrevolución» (1998). Tampoco hay, apenas, estudios sobre los pueblos de las Cuencas mineras: Oliete (F. Falcón, 1930); Montalbán (P. Martínez Calvo, 1985); Muniesa (M. Guallar, 1978); Aliaga (León Esteban, 1989); la última, *Alcaíne, paso a paso* (Royo Lasarte y otros, 1995), es una obra colectiva impulsada por el reciente y exitoso Parque Cultural del Río Martín.

Lo mismo habremos de repetir sobre el Jiloca: se van construyendo historias locales menores en artículos de *Xiloca*, y no falta mucho, pienso, para que haya saltos cualitativos; un caso especial, el magnífico estudio sobre *La crisis del siglo XVII en tierras del Jiloca*. Calamocha, por E. Benedicto (1997). En fin, apenas hay historias referidas a pueblos de la Sierra de Albarracín: Orihuela del Tremedal (la amplia guía de arte de Santiago Sebastián, 1970); Albarracín (O. Collado y J. L. Peña, 1986); Calomarde (M. Cebollada, 1997) o de la de Gúdar y valle del Mijares: Mora (mosén César Tomás, 1964; Julio Monzón, 1980).

#### ADDENDA EPILOGAL

Tres casos especiales, de particularísimo interés por su rareza y calidad como análisis social y antropológico. Se trata de los libros de Carmelo Lisón Tolosana, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford University Press, 1966, reeditado luego, en 1983, en Princeton, USA), que estudia su pueblo natal, La Puebla de Alfindén, aunque cambiando el nombre, y los de Richard A. Barnett, *Benavarre: The modernization of a spanish village* (Nueva York, 1974) y Susan F. Harding, *Remaking Ibieca. Rural life in Aragon under Franco* (University of North Carolina Press, 1984). Buenos trabajos

y buena noticia, ya que, después de la oleada de viajeros del XVIII y XIX, y la de curiosos brigadistas o estudiosos de las colectividades durante la guerra civil, no abundaban, ciertamente, los estudiosos extranjeros (o la publicación en el mundo anglosajón) sobre nuestros pueblos.

Y un caso aparte: el libro, acta de un encuentro poco antes sobre el acuciante tema, coordinado por J.L. Acín y V. Pinilla (1995) *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?*. (Ya Antonio Ubieta, en ese repertorio fundamental que son los tres tomos de su *Historia de Aragón* sobre *Los pueblos y los despoblados*, se había ocupado de ello).

Para andar, hay muchos caminos. Hay, en todas esas páginas que acabo de mencionar mucho empeño, mucho entusiasmo, mucho amor al propio pueblo. Modelos a seguir, muchas veces, aunque en ocasiones también pistas de cómo no deben hacerse destrozos sobre los documentos. No es hora, aún, aquí, con escaso tiempo y pocos medios, de hacer balances ni menos críticas a fondo. Seguramente estudiosos de la historiografía a quienes aprecio especialmente (por ejemplo, Ignacio Peiró), retomarán esta antorcha, hoy apenas presentación de un «estado de la cuestión». Nada me parecería mejor.